

Capítulo 1

Sexo en una caja. Eso es lo que era. Un sexo apasionante, alucinante, decadente en una caja.

Lorna Rafferty retiró el papel de seda y aspiró el penetrante olor a cuero, el cual la hizo estremecerse hasta la médula. Era una sensación, una emoción que nunca envejecía, por más veces que llevara a cabo ese ritual.

Lorna acarició el cuero cosido a mano y sonrió. No podía remediarlo. Era el placer más perverso, sensual, táctil y hedonista que jamás había experimentado. Hacía que se le pusiera la carne de gallina.

Deslizó los dedos sobre la suave superficie, dejando que resbalaran sobre el airoso arco, como una gata desperezándose bajo el sol del mediodía; sonrió al tocar el afilado pero satisfactorio tacón de aguja. Sí. ¡Sí!

Era tremendo.

Lorna sabía que obraba mal, por supuesto; no en vano había estudiado doce años en un colegio católico. Tarde o temprano pagaría por este capricho.

Pero, qué caray, hacía años que contaba con ello.

Era una más de una lista interminable de deudas que tendría que pagar.

Entretanto, se consolaría con estas sandalias Delman de plataforma, con la puntera abierta y pulsera. Se encaminaría hacia el fuego del infierno calzada con estos zapatos de muerte.

Una de las únicas cosas que Lorna recordaba sobre su madre eran

sus zapatos. Unos zapatos de vestir negros y blancos. Unas sandalias rosas con tacones bajos, de unos tres centímetros y medio, y finos. Y los favoritos de Lorna: unos zapatos de raso largos y delgados, con unos tacones estrechos *art déco* en forma de coma, curvados hacia atrás, con unos lacitos en la puntera un poco deshilachados en los extremos debido a los años transcurridos desde su boda.

Si cerraba los ojos, Lorna aún veía en su imaginación sus pequeños pies introducidos en las puntas de esos zapatos, los tacones sonando peligrosamente tras ella mientras caminaba con torpeza sobre la gastada alfombra oriental en el dormitorio de sus padres hacia la borrosa imagen de pelo rubio, sonrisa alegre y perfume *Fleurs de Rocaille* de Caron que constituía el recuerdo de su madre.

De todo lo que conocía o recordaba sobre su madre, y de todo lo que no recordaba, Lorna estaba segura de una cosa: su pasión por los zapatos era hereditaria.

Sacó los Delman de la caja muy despacio, desterrando mentalmente el recuerdo de haber entregado su tarjeta de crédito y haber esperado —como un jugador que lo ha apostado todo al rojo— el sí o el no de la remota Comisión de Autorización de la Ruleta de Tarjetas de Crédito.

En esta ocasión fue que sí.

Lorna había firmado el comprobante (prometiéndose «*Por supuesto que abonaré estos zapatos. ¡No hay ningún problema! Utilizaré mi próxima paga para saldar esta deuda*») al tiempo que asumía la expresión de alguien que paga el importe total de sus compras con la tarjeta de crédito cada mes y cuya vida no puede ser embargada en cualquier momento por Visa.

¡Me importa un bledo!

Había ignorado olímpicamente la otra voz: *No debería hacer esto, y prometo aquí y ahora, a Dios o a quien sea, que si autorizan el cargo en mi tarjeta de crédito, jamás volveré a gastar un dinero que no tengo.*

Era preferible no pensar en las repercusiones.

Si el hecho de apartar los pensamientos incómodos sobre el dinero quemara calorías, Lorna gastaría una talla doce.

Tras admirar durante unos momentos los zapatos que sostenía en la mano, se los puso.

¡Aaah!

Pura magia.

Un placer que, saboreado debidamente, podía durar toda la vida. Un placer que Lorna estaría siempre más que dispuesta a degustar.

¿Y qué si había tenido que pagarlos con la Visa? Cuando recibiera su próximo sueldo, destinaría una parte del mismo a cancelar su deuda. Dentro de pongamos un par de años, o quizá tres, cuatro a lo sumo —suponiendo que no fuera capaz de mantener sus gastos a raya—, habría saldado toda su deuda.

Y estos Delman seguirían siendo tan impresionantes como ahora. Y probablemente costarían el doble. O quizá más. Eran clásicos. Intemporales.

Una buena inversión.

Tan pronto como a Lorna se le ocurrió ese pensamiento, mientras se hallaba sentada en el cuarto de estar-comedor de su pequeño apartamento en Bethesda, Maryland, se quedó a oscuras.

Lo primero que pensó fue que la compañía eléctrica le había cortado la corriente. Pero no... Había pagado el recibo puntualmente. Quizá no se había percatado de que iba a estallar una tormenta. Los veranos en la zona del Distrito de Columbia eran tremendamente calurosos y húmedos, y ese día de principios de agosto no era una excepción. Los ciudadanos como Lorna pagaban cada mens el recibo de la luz que, de vez en cuando —en los veranos más sofocantes—, quedaba cortada durante horas, a veces durante más de un día.

Se levantó del sofá y se encaminó sobre los precarios tacones de sus Delman hacia la mesita del teléfono que había en el pasillo. Llamó a la compañía de la electricidad, suponiendo que le informarían de que todo el mundo había rebasado los límites de potencia eléctrica poniendo el aire acondicionado a tope y que dentro de poco volvería a tener luz. Pensó vagamente en acercarse al centro comercial antes de ir a trabajar para matar un par de horas en un ambiente fresco, mientras marcaba el número en el anticuado teléfono rosa modelo Princesa a través del cual había susurrado secretos desde que tenía doce años.

Al cabo de diez minutos y de que hubieran sonado unos catorce tonos del sistema automatizado, una representante de la compañía eléctrica —que se había identificado como señora Sinclair, sin indicar su nombre de pila— ofreció a Lorna la respuesta que ésta temía en su fuero interno.

—Señora, le hemos cortado la corriente por impago.

En primer lugar, esa mujer utilizaba un tonillo descaradamente condescendiente. Y segundo, ¿cómo que por impago? ¿No había recibido hacía un par de semanas durante varias noches unas generosas propinas con las que había pagado un montón de facturas? ¿Cuándo la había pagado? ¿A mediados de julio? ¿A primeros de julio? En todo caso, había sido después del Cuatro de Julio.

Un momento, quizá había sido justo después de Memorial Day, el último lunes de mayo. Lorna había asistido a una barbacoa luciendo unas adorables sandalias con tiras de Gucci.

Miró con recelo el montón de correo que había en la mesa junto a la puerta —era increíble la rapidez con que se acumulaba— y preguntó secamente:

—¿Cuándo recibieron el pago del último recibo?

—El veintiocho de abril.

La mente de Lorna retrocedió como las hojas del calendario al comienzo de una mala película de los años treinta. Vale, había obtenido unas inesperadas propinas en julio, pero quizá no había pagado el recibo de la luz ese mes. Quizá lo había pagado el mes anterior, ¿en junio, no? ¿O había sido en mayo?

¡Era imposible que no hubiera pagado el recibo desde abril! Lorna estaba convencida de que debía tratarse de un error.

—Es imposible. Yo...

—Le enviamos otra carta el quince mayo, y el cinco de junio. —La voz de la señora Sinclair denotaba un claro tono de reproche—. Y el nueve de julio le mandamos un aviso advirtiéndole de que, si no recibíamos hoy el pago del recibo, le cortaríamos la corriente.

Lorna recordaba vagamente que se disponía a pagar sus recibos cuando le llegó una carta de Nordstrom anunciando sus rebajas semestrales.

Ese día había sido una gozada. Los dos pares de zapatos Bruno

Magli que había comprado eran un chollo. Tan cómodos que Lorna habría podido correr un par de kilómetros con ellos.

Pero el mes siguiente había pagado el recibo.

Seguro.

¿O no?

—Un momento, deje que lo compruebe. —Lorna se dirigió apresuradamente a su ordenador y pulsó el botón para encenderlo, esperando cinco segundos antes de darse cuenta de que el ordenador, que contenía la lista de sus pagos, funcionaba con la electricidad que esa mujer tan antipática que estaba al otro lado de la línea telefónica se negaba a devolverle—. Estoy segura de que si hubiera recibido una carta advirtiéndome de que iban a cortarme la corriente lo recordaría.

—Mmm.

Era fácil imaginar a la señora Sinclair como un repugnante duendecillo sentado debajo de un puente, con la cara arrugada y el pelo rizado. *¿Quieres tener luz? Pues antes tendrás que pasar por encima de mí. Responde: ¿cuándo pagaste los últimos recibos?*

Lorna emitió un suspiro de exasperación y tomó su billetera. Ese rollo se lo conocía de memoria.

—Déjelo, dígame cuánto me costará que vuelvan a darme la luz. ¿Puedo pagar por teléfono?

—Sí. Son ochocientos diecisiete dólares con veintiséis centavos. Puede utilizar la tarjeta Visa, MasterCard o Discover.

Lorna tardó un minuto en asimilar eso. Era un error. Tenía que ser un error.

—¿Ochocientos dólares? —preguntó estúpidamente.

—Ochocientos diecisiete con veintiséis centavos.

—En junio no estuve aquí ni una semana. —Ocean City. Una semana de alpargatas y sandalias griegas que hicieron que Lorna se sintiera como si estuviera de vacaciones en el Mediterráneo—. ¿Cómo es posible que consumiera ochocientos dólares de electricidad? Debe de ser un error. —Había algo que no encajaba. Debían de haber confundido el recibo de otra persona con el suyo. Seguro.

Quizá fuera el recibo colectivo para toda la planta del edificio.

—Esa cantidad incluye una cuota de ciento cincuenta dólares de reconexión y un depósito de doscientos cincuenta dólares, además de

los trescientos noventa y ocho dólares con cuarenta y tres centavos de su recibo, un cargo de financiación de dieciocho dólares y...

—¿Qué es una cuota de reconexión? —preguntó Lorna. Nunca le habían pedido eso.

—La cuota para volver a conectarle la corriente después de habérsela cortado.

Era increíble.

—¿Por qué?

—Señora Rafferty, hemos tenido que cortarle la corriente y ahora tendremos que conectársela de nuevo.

—¿Y eso qué representa, darle a un interruptor o algo parecido? —Lorna imaginó a la señora Sinclair con su cara arrugada sentada junto a un enorme interruptor en una viñeta—. ¿Pretende que les pague ciento cincuenta dólares por eso?

—Haga lo que quiera, señora —respondió la impertérrita empleada con su desagradable tono condescendiente—. Si desea que volvamos a conectarle la corriente, tendrá que pagar ochocientos dieciocho dólares con tres centavos.

—¡Eh, un momento! —la interrumpió Lorna—. Hace unos segundos me dijo que eran ochocientos diecisiete dólares y algunos centavos.

—Nuestros ordenadores acaban de actualizarse y han añadido los intereses de hoy a su factura.

En el apartamento hacía un calor insoportable. Era difícil saber si era porque no funcionaba el aire acondicionado o porque Lorna se estaba enfureciendo con la señora Sinclair, que probablemente, dedujo, no estaba casada y había aprovechado su puesto para añadir lo de «señora» a su identidad pese a no haber practicado sexo desde hacía un montón de años, suponiendo que lo hubiera practicado alguna vez.

De hecho, era posible que ni siquiera se llamara Sinclair. Seguramente lo utilizaba como seudónimo para que la gente no la localizara y la asesinara después de haber hablado con ella por teléfono.

—¿Puedo hablar con un encargado? —preguntó Lorna.

—Puedo hacer que alguien la llame dentro de veinticuatro horas, señora, pero eso no modificará el importe de su recibo.

Excepto por los intereses añadidos cuando esa persona la llamara, claro está.

Lorna sacó su Visa de la billetera. Estaba aún casi caliente de la compra de las sandalias Delman.

—De acuerdo. —La batalla había concluido y ella había perdido. No sólo la batalla, sino que estaba perdiendo toda la guerra—. Utilizaré mi tarjeta Visa. —Suponiendo que autorizaran el pago.

Creyó percibir a través de la línea telefónica un chasquido de satisfacción por parte de la señora Sinclair.

—¿Puede darme el nombre que aparece en la tarjeta...?

Después de colgar, Lorna decidió examinar el montón de cartas junto a la puerta, para comprobar si le habían enviado un aviso de que iban a cortarle la corriente. Hasta ese momento, había estado casi convencida de que había habido un error.

Efectivamente, se trataba de un error. Cuando terminó de abrir todos los sobres, se encontró con un desagradable montón de errores cometidos por ella misma.

Para ser sincera, sabía desde hacía tiempo que tenía que examinar el correo. Ese montón de cartas había permanecido junto a la puerta, como si quemara, mientras ella trataba de ignorarlo, tal como hacía también con la opresión que sentía en la boca del estómago cada vez que pasaba cerca de él, o pensaba en él por la noche, cuando no podía pegar ojo. No disponía del dinero para pagar las facturas, pero estaba convencida de que pronto lo tendría. Otra paga, una buena noche de propinas. Pero gastaba de forma descontrolada, y lo sabía.

Lo que no sabía era hasta qué punto había perdido los papeles.

¿Qué diablos compraba con todo ese dinero?

¿Y por qué se sentía tan vacía?

Lorna no era una persona derrochadora. Apenas salía, y no era aficionada al Dom Pérignon. Lo único que adquiriría que no podía considerarse un artículo de primera necesidad era algún que otro par de zapatos. Es decir, suponiendo que alguien pudiera considerar que los zapatos no fueran un artículo de primera necesidad.

Era preciso reconocer que de tanto en tanto, cuando Lorna daba con unos zapatos maravillosos, no dudaba en añadirlos a su amplia colección, por si acaso. Como había ocurrido con los Maglis el verano pasado. Pero un par costaba una pequeña parte de su alquiler. ¿Cómo era posible que gastara decenas de miles de dólares?

Hasta ese momento, había estado convencida de que lograría saldar su deuda. Ganaría dinero, repasaría sus facturas y las liquidaría todas. De vez en cuando conseguía doscientos cincuenta o trescientos dólares en propinas en el restaurante. Agosto siempre era un mal mes en el negocio de la restauración, pero en septiembre estaba segura de que obtendría mucho dinero.

No obstante, al mirar las facturas, comprendió de pronto que jamás lograría ganar el suficiente dinero para saldar esa deuda. Había pagos por demora, pagos por excederse del límite permitido, cargos de financiación... Dos de sus cinco tarjetas de crédito habían aumentado los intereses casi en un treinta por ciento. Del pago mínimo de ciento sesenta y cuatro dólares de una, ciento sesenta y dos eran puros intereses. Hasta Lorna sabía que le llevaría décadas saldar el capital a dos dólares al mes.

Y eso suponiendo que dejara de utilizar la tarjeta.

Tenía un problema, eso estaba claro.

Estaba endeudada hasta las cejas.

Todo había empezado con una tarjeta de crédito de Sears que los de los grandes almacenes habían tenido el detalle de enviarle cuando estudiaba el primer curso en la universidad. Habiendo crecido en un ambiente adinerado en el elegante suburbio del Distrito de Columbia de Potomac, Maryland, Lorna siempre había supuesto que no sólo seguiría manteniendo ese nivel de vida de clase media alta en una zona residencial, sino que lo superaría. Ése era un punto de partida, no el punto culminante de su vida.

De modo que cuando recibió su tarjeta de crédito, le pareció de lo más natural salir a hacer unas cuantas compras que pagaría con su propio dinero.

Su primera adquisición había sido un par de Keds de color rojo. Los había visto en el expositor de Lucite e inmediatamente se había imaginado en el puerto de Chesapeake Bay con sus amigos, la piel

intensamente bronceada por el sol, su pelo rubio resplandeciente como la tapa de una caja de Clairol Hydrience 02 Rubio Playa y su nuevo novio —hijo de una acaudalada familia propietaria de todos los concesionarios de coches de la zona metropolitana del Distrito de Columbia—, tan enamorado de ella que le propondría matrimonio y vivirían felices para siempre.

Los Keds, que le habían costado once dólares con noventa y nueve centavos, más el cinco por ciento de IVA y un mero dieciséis por ciento de intereses sobre la tarjeta de Sears, le habían parecido una buena inversión. Lorna estaba segura de que los pagaría antes de recibir el primer extracto de cuenta.

Pero antes de salir de la tienda había visto otras cosas que le habían llamado la atención: el nuevo *walkman* de Sony era una ganga a noventa y nueve dólares, ¿y quién podía reprocharle que se comprara unos pendientes de plata en forma nada menos que de unas chanclas?

Por desgracia, Lorna andaba un poco escasa de dinero a la hora de pagar la factura, y su novio la había abandonado hacía unas semanas, después de engañarla espectacularmente con su mejor amiga en su fiesta de cumpleaños. Además, se había pasado el verano trabajando en diversos lugares cerrados, por lo que no había conseguido el ansiado bronceado, y su pelo había adquirido un color castaño claro y tenía un aspecto lacio y deslucido debido a la luz artificial de los edificios de oficinas, así que nada tenía que ver con la melena dorada que había imaginado que el viento agitaría de forma seductora alrededor de su rostro mientras se hallaba en la popa del barco, navegando cómodamente hacia una vida de eterna felicidad.

Pero en otoño había conocido a otro hombre, uno al que le encantaba bailar salsa. Los zapatos para bailar salsa eran magníficos, unas sandalias con unos tacones de vértigo, y el hombre era un sueño hecho realidad. No era barato, pero ¿quién puede poner precio a un sueño?

Como era de prever el sueño había concluido y Lorna se había despertado y había finalizado sus estudios universitarios soltera y sin compromiso. Lo cual no significa que durante esa temporada no adquiriera zapatos bárbaros. Se apuntó a clases de ballet (no llegó

a utilizar las zapatillas de punta, pero las otras eran divertidas), de jazz (compró unos zapatos para bailar jazz de suela entera y de suela partida, además de unos botines) y de claqué (utilizaba unos zapatos de charol que hacían un ruido tremendo). Lorna era una pésima bailarina, pero los zapatos... ¡Qué zapatos!

De modo que Lorna se había encaminado con paso decidido hacia su futuro calzada con los zapatos adecuados para cada ocasión, sin perder la esperanza de hallar al Príncipe Encantador que hiciera juego con sus zapatos. Llevaría la confortable vida de las personas de clase media alta en la que se había criado, tendría dos o tres hijos, un golden retriever, un armario ropero empotrado en su dormitorio y ningún problema económico.

Pero las cosas no habían salido como ella esperaba. Los novios aparecían y desaparecían. Y aparecían y desaparecían. Y aparecían y desaparecían, hasta el momento en que las personas dejaron de decirle «¡Eres muy joven para comprometerte!» y empezaron a preguntar «¿Cuándo vas a casarte y sentar la cabeza?» Cuando Lorna había roto con su último novio —un chico agradable, pero muy aburrido que se llamaba George Manning y era abogado—, su compañera de trabajo Bess la había llamado estúpida y le había dicho:

—¡Puede que sea aburrido, pero se viste en Brooks Brothers y paga sus facturas!

Pero eso a Lorna no le bastaba. No podía seguir con un chico con el que no se sentía a gusto sólo porque le ofreciera una seguridad económica, por muy tentadora que fuera esa seguridad económica. Así que había vivido como si algún día, al doblar una esquina, se fuera a topar de golpe con una respuesta, un milagro que le permitiría partir de cero. Lorna estaba convencida de que antes o después aparecería la solución.

Por consiguiente, no se había empeñado a fondo en buscar ella misma la solución y frenar sus problemas de dinero antes de que se desmandaran. Como un jugador que persiste en doblar la apuesta pensando que antes o después conseguirá un montón de dinero, Lorna había estado doblando sus problemas hasta que, finalmente, había comprendido de pronto que, hiciera lo que hiciera, tenía la batalla perdida.

Estaba inmersa en una crisis de grandes proporciones. Si no realizaba rápidamente algún cambio, se arruinaría.

No sólo no podría permitirse adquirir estas sandalias divinas, sino que durante los próximos meses ni siquiera podría comer arroz con alubias y tendría que cobijarse en una caja de cartón a temperaturas bajo cero (el cartón proporciona más calor que la madera contrachapada), de modo que ya podía darse una vuelta por la parte trasera de Sears y hacerse con la caja de un frigorífico antes de que desaparecieran las que estuvieran en mejor estado.

Tenía que hacer algo.

Y rápido.